

5

Los hijos de Dios

Dios se manifiesta no solamente entre los adultos, sino entre los jóvenes y también entre los niños. Cuando nuestros equipos evangelísticos comenzaron a salir a predicar desde Soe, teníamos ocho grupos de niños. Había de ocho a diez en cada grupo y la edad de los niños oscilaba de seis a diez años. Los llamábamos nuestros equipos de niños.

Estos niños asistían del primero al cuarto grado en la escuela. Todas las mañanas salían para la escuela a eso de las siete. La escuela duraba de las 7:15 a la 1:15, cuando los niños regresaban para almorzar.

Desde las 4 a las 6 de la tarde, desde el lunes hasta el viernes, estos niños, en vez de jugar como la mayoría, se reunían en oración. Se hincaban, juntaban las manos y oraban, no solamente por aquellos que los rodeaban, sino por todo el mundo.

Y sentían tanta solicitud por las almas que hasta lloraban. Y luego el Señor les daba quizá una palabra de profecía, o instrucción o les revelaba algo especial.

Los sábados, las clases duraban solamente hasta las 12. Un sábado por la tarde, a eso de las dos, un equipo de niños se trasladaba a un pueblo cercano. A veces caminaban de ocho a veinticinco kilómetros por la selva. Lo hacían todas las semanas y ningún adulto los acompañaba. Cierta vez les pregunté si tenían miedo.

—¿Por qué debemos tener miedo, hermano Mel? —me contestaron—. Siempre va un ángel delante de nosotros, y uno a nuestra derecha, y uno a nuestra izquierda y otro detrás. Simplemente seguimos por los senderos y estamos seguros.

Pero aquel día de que les hablaba, los niños vieron unos árboles de guayabas. Ahora bien, la guayaba es una clase especial de fruta que a los niños les gusta mucho. Cuando llegaron a los árboles, todos comenzaron a mirar la fruta y querían comerla. Y cuando estaban a punto de tomar algunas de esas frutas, uno de los ángeles habló. —No tomen esta fruta —les dijo el ángel—. Tendrán fruta tan pronto como lleguen al pueblo, y aún les queda un largo camino.

Pero a igual que todos los niños, éstos eran a veces rebeldes, y la vista de la fruta fue una tentación demasiado grande. Y desoyeron las palabras del ángel, se quitaron la ropa, y comenzaron a subir a los árboles. Fue una gran diversión. Se reían y jugaban alrededor de los árboles y comían guayabas —olvidándose de que debían trasladarse a otro pueblo y hablar del Señor Jesucristo.

Cuando finalmente se bajaron de los árboles, adivinen lo que ocurrió.

Sus ropas habían desaparecido. Las buscaron pero no las encontraban. De pronto algo los indujo a mirar hacia arriba, y cuando lo hicieron vieron sus ropas colgadas en la copa de un árbol grande. Un árbol alto. Quizá de unos 25 metros de altura, cuyo tronco tendría un metro de diámetro.

Al principio los niños se rieron, todo parecía tan divertido. Pensaron que quizá el viento se había llevado las ropas allí. Pero cuando se dieron cuenta que no había manera de bajar la ropa, se pusieron a llorar.

—Tenían que aprender su lección —les dijo el Señor—. Les avisé por intermedio del ángel que no debían comer esa fruta; que tendrían fruta tan pronto como llegaran al pueblo. Pero no me obedecieron, de manera que deben pagar el precio de su desobediencia.

Cuando los niños oyeron esto, se pusieron a llorar aún más fuerte. Luego Dios les dijo: —Pero si se arrepienten en realidad y confiesan su pecado, les ayudaré a bajar la ropa.

De manera que aquellos niñitos se arrodillaron, se arrepintieron y confesaron su pecado.

—Ahora uno de ustedes suba al árbol —les dijo el Señor.

—Pero no podemos subir a ese árbol —le contestaron—. Es muy grande. El tronco es muy grueso, y el árbol es muy alto.

—Haré que el pie se les pegue a la madera como una lagartija —les contestó el Señor, indicando que uno de los muchachos debía subir.

Cuando el muchacho ponía la mano en el árbol,

se le quedaba pegada hasta que la sacaba y la ponía en un lugar más alto. Los pies también se le adherían a la corteza del árbol. Cuando llegó a la cima del árbol recogió con cuidado la ropa y la bajó.

Fue un grupo de niños arrepentidos pero felices el que viajó a la ciudad. Aquel domingo hablaron, dieron su testimonio y un llamado al altar, y muchas personas acudieron a Jesús.

La grabadora de Dios

Parece que Dios les dio a los equipos de niños un ministerio especial.

La gente decía: "Dios ciertamente los unge." O: "Son tan sinceros en lo que dicen." Y cuando oraban y ponían la mano en la cabeza de personas mayores, era algo dulcísimo de observar. Muchas personas quedaron sanas bajo su ministerio.

Un día se trasladaron a la localidad de Kefame-nanu para realizar dos semanas de reuniones. Aunque muchos niños de ese lugar aceptaron al Señor, muchos adultos se negaron a arrepentirse. Luego el Señor les dio a los niños una palabra de ciencia de manera que sabían los pecados secretos de la gente. Pero cuando le dijeron a la gente estas cosas —especialmente cuando declararon todos estos secretos en la iglesia— algunas personas se enojaron y persiguieron a los niños.

Después de un día especialmente difícil para los niños, el Señor les dijo mientras oraban: —Hoy les voy a dar una sorpresa.

—¿Qué es? —le preguntaron.

—Si ustedes cantan con hermosura les tocaré de vuelta lo que cantan como si fuere un disco, para que se den cuenta exactamente cómo suenan sus voces.

Ahora, naturalmente, los niños no tenían una grabadora. Algunos quizá habían escuchado una grabación, pero no lo sé. Pero ninguno de estos niños tenía grabadora. Así que comenzaron a cantar, y cantaron hermosamente, como para el Señor. Cuando hubieron terminado, el Señor dijo: —Ahora guarden silencio que oirán sus propias voces.

De manera que guardaron silencio y de pronto la música saturó el aire. Los niños quedaron asombrados y muy felices.

—Oh, ésa es mi voz —dijo uno.

Y luego otro exclamó, y otro, y otro, al escuchar sus propias voces. Fue una verdadera emoción para los niños el escuchar la música que flotaba en el aire.

Siempre que escucho esta historia, recuerdo que algún día cuando el Señor retorne, todas las palabras que hemos pronunciado se oirán de nuevo en la grabadora de Dios. Sólo las malas palabras, por las cuales hemos hecho confesión y Dios las ha borrado, no habrán quedado allí para ser oídas.